

Las raíces ideológicas del pensamiento político del joven Nietzsche: la Kultur y la Intelligentsia de la burguesía alemana

JOSÉ EMILIO ESTEBAN ENGUITA

RESUMEN

El pensamiento político del joven Nietzsche está ligado a una tradición intelectual forjada por la élite de la burguesía alemana. El joven Nietzsche es heredero y crítico de esta tradición, cuyo aspecto más relevante es lo que denominamos «la ideología de la *Kultur*». Para demostrar esto, analizamos la presencia de los elementos más importantes de esta ideología en su *corpus* juvenil, el modo como afectan a sus planteamientos político-culturales y su crítica a la manipulación de la cultura por la élite intelectual del Segundo Reich.

PALABRAS CLAVE

NIETZSCHE—PENSAMIENTO POLÍTICO—IDEOLOGÍA—CRÍTICA CULTURAL

ABSTRACT

The political thought of the young Nietzsche is linked to an intellectual tradition forged by the elite of the German bourgeoisie. The young Nietzsche is a critical heir to this tradition, whose most relevant trait is what I call «the ideology of *Kultur*». To prove this assumption, I analyze the presence of this ideology in his juvenile corpus, the way they affect his political-cultural ideas, and his critique to the manipulation of culture by the Second Reich's intellectual elite.

KEYWORDS

NIETZSCHE—POLITICAL THOUGHT—IDEOLOGY—CULTURAL CRITIQUE

RESULTARÍA UNA TAREA BALDÍA abordar el pensamiento político del joven Nietzsche si se ignorara el papel central que para esta cuestión representa la idea de *Kultur*, y no sólo desde un punto de vista teórico, puesto que el proble-

ma de la cultura contiene un proyecto pedagógico y, en sus márgenes, unas líneas generales para la acción política orientados ambos a la creación de una cultura verdadera (*tragische Kultur*) cuyo éxito pasa necesariamente por el enfrentamiento victorioso contra el tipo de cultura (*Civilisation*) que prevalece en la época moderna y la pseudo-cultura dominante en Alemania. La razón de esto es la perspectiva desde la que el joven Nietzsche aborda los asuntos políticos: la política es una pieza auxiliar en la compleja y grande maquinaria conceptual constituida por su metafísica de la cultura. Pero remitirnos únicamente al horizonte filosófico de este pensador no es suficiente para captar del modo más completo posible sus planteamientos políticos fundamentales. Es necesario ampliar el círculo cuando se trata de interpretar el pensamiento filosófico y, por tal motivo, hay que insertarlo dentro de la tradición intelectual a la que pertenece y del contexto social en el que uno y la otra surgen.

Sin negar su originalidad y sus diferencias respecto a otros, el joven Nietzsche forma parte de una tradición intelectual que se remonta al siglo XVIII y que tiene como referente obligado el peculiar entorno socio-político de los Estados alemanes (y, posteriormente, del Estado alemán bajo el que Alemania se convierte en una unidad política), diferente al de otras naciones influyentes culturalmente y poderosas políticamente, como Francia e Inglaterra; y la singular formación y consolidación de la burguesía alemana, clase de la que, como en otros lugares en la época moderna, se nutre la vanguardia intelectual que «forma» la opinión pública. Que los planteamientos políticos remitan en Nietzsche a un trasfondo cultural no es una casualidad ni una aportación novedosa de este filósofo, sino una perspectiva fuertemente arraigada en el movimiento intelectual burgués de Alemania y en la estructura social que le acompaña. Parafraseando a J. M. Ripalda, hay que decir de Nietzsche lo mismo que él dijo de la obra de Hegel: se podrá pensar lo que se quiera de la especulación nietzscheana, mas, desde sí misma, es incomprendible¹.

I. GÉNESIS SOCIAL DEL CONCEPTO DE *KULTUR* EN ALEMANIA

L. Goldmann considera que las características generales del pensamiento alemán en la época moderna provienen de una «sociedad enferma», y lo opone al pensamiento francés, que emerge de una «sociedad sana»². La causa de la enfermedad alemana que es aludida por Goldmann, el agente patológico que afecta a su espíritu y que condicionará la evolución de su pensamiento, es la debilidad endémica de su burguesía. Este lugar común de la historiografía nos inte-

¹ J. M. Ripalda, *La nación dividida*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 31.

² L. Goldmann, *Introducción a la filosofía de Kant*, tr. J. L. Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu, 1974, p. 37.

resa por las consecuencias que tuvo en la elaboración y comprensión del concepto de *Kultur* por la sociedad alemana y su oposición al concepto de civilización implantado en otras sociedades europeas³. Si ambos conceptos remiten, en un primer momento, a la autoconciencia y a la legitimación de la clase burguesa ascendente y, posteriormente, una vez que aquella clase ha conseguido la hegemonía nacional, identificándose con la nación misma, a la autoconciencia y a la afirmación nacional, entonces las determinaciones y diferencias de tales conceptos pueden ser esclarecidas bajo la luz de la distinta suerte y posición de la burguesía en el proceso de construcción de los Estados nacionales europeos.

En la *Primera Intempestiva*, Nietzsche arremete con furia contra el cultifilisteo (*Bildungsphilister*), el tipo dominante dentro de los intelectuales alemanes⁴. Éste veneraba el poder del nuevo *Reich*, contribuía mediante sus escritos a la articulación de la opinión pública, era promovido socialmente por el Estado a quien tan fielmente servía y, lo peor de todo, se autoproclamaba como el representante, guardián y defensor de la cultura, aquél magno producto del espíritu alemán cuya excelencia había quedado confirmada por el éxito alemán, pues, a fin de cuentas, la victoria militar era la consecuencia de la superioridad de la cultura alemana respecto a la civilización francesa. Nietzsche

³ Este tópico, sostenido por la historiografía marxista, no es utilizado aquí como principio último de explicación de la singular ideología alemana, reducida sin más a un reflejo de la base económica de la sociedad. No todos los elementos ideológicos de la *Weltanschauung* alemana pueden ser derivados del retraso económico de la Alemania moderna y de la debilidad de su clase burguesa. Siendo un factor importante, no es el único a la hora de expresar los rasgos peculiares del pensamiento alemán. Hay que añadir, cuando menos, otros dos: la constitución tardía en Alemania de un Estado nacional y la influencia de la Reforma luterana. Éste último, por ejemplo, es determinante para comprender el individualismo alemán y el concepto de *Bildung* (cf. Louis Dumont, *Ensayos sobre el individualismo. Una perspectiva antropológica de la ideología moderna*, tr. R. Tusón Calatayud. Madrid: Alianza Universidad, 1987, pp. 147-149). Sin embargo, en el caso del concepto de *Kultur* y en su oposición a la idea de civilización, sí consideramos este factor social como decisivo, aceptando el marco general de análisis y la hipótesis fundamental de Norbert Elias en la Primera Parte del cap. I de su obra *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, tr. R. García Cotarelo. México DF: Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 57-82.

⁴ F. Nietzsche, *Unzeitgemässe Betrachtungen. Erstes Stück: David Strauss der Bekenner und der Schriftsteller*, I, pp. 164-173. (Las citas de la obra de Nietzsche son tomadas de F. Nietzsche, *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe*, ed. G. Colli y M. Montinari. Berlin/New York: Deutscher Taschenbuch Verlag/Walter de Gruyter, 1967-1977 y 1980. Se cita (por este orden) señalando la obra, el volumen, el parágrafo (si existe) y la página. Para *El nacimiento de la tragedia* y la *Primera Intempestiva*, utilizamos la traducción de Andrés Sánchez Pascual. Para la *Segunda Intempestiva*, usamos la traducción de J. B. Llinares Chover y G. Meléndez Acuña. El resto de las traducciones que aparecen son nuestras).

desenmascara a estos magos farsantes del espíritu: su mandarinato no es el de la cultura, sino el de la barbarie, porque el pueblo alemán aún no tiene cultura. Y lo que es más grave aún: lo que el intelectual alemán llama su cultura es una torpe imitación de la de sus vecinos vencidos, los cuales, derrotados en el campo de batalla, siguen subyugando culturalmente al espíritu alemán⁵. Solamente en un punto está de acuerdo Nietzsche con el cultifilisteo a quien critica: que la *Kultur* es la única y verdadera esfera en la que se juega el destino del ser alemán. Estos intelectuales contra los que Nietzsche lucha, pero con los que comparte una misma tradición, son el producto final de una élite intelectual burguesa que, como clase social, fue tan poderosa en el despliegue de ese espíritu al que pertenecían de modo privilegiado, como impotente en el proceso socio-político que conduciría a la unificación política de Alemania y a la formación del Segundo *Reich*⁶.

Se pueden señalar algunos aspectos de este desarrollo de poco más de dos siglos para proporcionar una idea general de la situación de inferioridad de la burguesía en la evolución de la sociedad alemana. En primer lugar, sus inicios: desde sus comienzos, la burguesía alemana se encuentra en una posición de extrema debilidad dentro del juego de fuerzas sociales, causada por la despoblación y las destrucciones materiales de la Guerra de los Treinta Años y por el cambio de las rutas comerciales a consecuencia de los descubrimientos ultramarinos⁷.

En segundo lugar, la división del territorio alemán durante el siglo XVIII y la mayor parte del XIX en una multiplicidad de Estados y unidades políticas más pequeñas: con esta estructura política se obstaculiza la aparición de las condiciones que hacen posible el crecimiento en poder e influencia de la burguesía (fundamentalmente dos: eliminación de las barreras que impiden el libre desenvolvimiento del tráfico social de mercancías y racionalización jurídico-administrativa de una estructura estatal poderosa y unitaria), perpetuando su situación de inferioridad y de exclusión de los asuntos políticos.

En tercer lugar, podemos extraer del proceso histórico, como símbolo de la menesterosidad general de la burguesía, la vida efímera y el fracaso de la Asamblea Nacional de Frankfurt, surgida de la convulsión revolucionaria del año 1848. El modo como de hecho se certifica su muerte es significativo: Friedrich Wilhelm IV, rey de Prusia, rechaza en 1849 la corona imperial ofrecida por la Asamblea, abortando con este gesto el proyecto de crear un Estado nacional alemán de acuerdo con los criterios políticos de quienes en sentido

⁵ *Ibid.*, pp. 163-164.

⁶ Cf. L. Bergeron, L. Fouret, R. Koselleck, *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848*. Madrid-México DF: Siglo XXI, 1989, p. 96.

⁷ Norbert Elias, *op. cit.*, p. 63.

lato pueden ser llamados liberales, representantes de los intereses políticos y sociales de la burguesía⁸.

En cuarto y último lugar, la creación del *Reich* alemán en 1871: éste fue construido «desde arriba», por los príncipes alemanes y, especialmente, por el rey de Prusia y la mentalidad política fuertemente conservadora (cuando no abiertamente reaccionaria) de los *junkers*, militares y altos funcionarios prusianos. Por su preponderancia económica, política y militar fue Prusia y la «mentalidad prusiana» quienes imprimieron al nuevo Estado alemán unificado sus peculiares características, y no la burguesía alemana: su endémica debilidad política (a pesar de que la rápida transformación económico-social de Alemania a partir de 1850 había incrementado su poder en la sociedad) y su fragmentación como clase la imposibilita para dirigir el proceso político que culmina en la formación del Segundo *Reich*. Esta singular historia de la burguesía alemana, que tiene como rasgo distintivo la impotencia política, es el suelo sobre el que se edifica una constelación ideológica peculiar y diferente de las otras naciones europeas, en la cual la idea *Kultur* ocupa un lugar destacado.

Palabras como «civilización» o «cultura» poseen un significado ambiguo y escurridizo, cargado de matices, de componentes afectivos y de implícitas valoraciones que siempre se refieren al modo como un grupo humano, con una historia a sus espaldas, una tradición común y un conjunto de experiencias y sentimientos compartidos, se comprende a sí mismo y comprende lo que le rodea. Son ideológicas por excelencia, en el sentido de que arrastran tras de sí una enmarañada red de presupuestos y formas de valoración no reflexionadas mediante las que individuos y pueblos adquieren conciencia de lo que son y de lo que les rodea. En términos generales, ambas apuntan a lo mismo, a la conciencia que Occidente tiene de sí, a lo que constituye la peculiaridad y el orgullo de la moderna sociedad occidental, a aquello que esta sociedad «*crea llevar de ventaja a las sociedades anteriores o a las contemporáneas 'más primitivas'*»⁹; pero se diferencian en la medida que su significado se convierte en el espejo en el cual las principales naciones europeas se ven a sí mismas, expresando las características que constituyen la identidad nacional. En Francia y en Inglaterra se habla de civilización; en Alemania, de cultura. Las dos palabras significan cosas distintas y terminan formando un par antitético cuya oposición se intensifica conforme aumentan las rivalidades y los conflictos entre las naciones que depositan en ellas lo más valioso de su ser. *Zentrum* contra Occidente, Ale-

⁸ Sobre el liberalismo alemán en este periodo, cf. Joaquín Abellán, «Estudio Preliminar», en Rotteck (y otros), *Liberalismo alemán en el siglo XIX (1815-1848)*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1987, pp. VII-LIII. También, cf. Joaquín Abellán, *Nación y nacionalismo en Alemania*. Madrid: Tecnos, 1997, pp. 39-45.

⁹ Norbert Elias, *op. cit.*, p. 57.

mania contra los demás (Francia e Inglaterra), el «país de la protesta»¹⁰ contra el modelo europeo-occidental, y viceversa; hablando en los términos más valiosos, en el terreno del espíritu: cultura contra civilización y civilización contra cultura.

Durante el siglo XIX y hasta la República de Weimar, sobre todo en los momentos de conflicto bélico, literatura de diversa índole vierte de un lado a otro las acusaciones, los reproches y los desprecios de las élites intelectuales burguesas, forjadoras de la conciencia nacional: los civilizados europeos (especialmente los franceses) consideran a los alemanes un pueblo rudo y primitivo, una nación inmersa en la barbarie, cuya idea de cultura sirve para justificar una voluntad de dominio agresiva y salvaje; los alemanes cultos piensan de los europeos (fundamentalmente de los franceses) que su civilización es algo superficial, útil pero carente de valor, una convención petrificada que regula las relaciones sociales a costa de pervertir la autenticidad y profundidad del alma, una forma (apariencia) sin contenido alguno, un artificio que no brota del espíritu, de la vida, un disfraz ingenioso y elegante que engaña porque encubre una desnudez paupérrima o, peor aún, egoísta y malvada.

El concepto de civilización contiene dos notas que le caracterizan. En primer lugar, se refiere a la totalidad de hechos y comportamientos que muestran cómo es una sociedad: su estructura política, su organización económica, su ciencia y tecnología, su sistema de creencias religiosas, su moral, su forma de comportarse, etc. En segundo lugar, es universal: la civilización se entiende como un proceso que pretende abarcar a toda la humanidad en tanto en cuanto enfatiza y valora lo que hay de común en los hombres o debería haberlo para quienes usan este concepto. En el concepto de cultura, por el contrario, sus notas se refieren a un dominio más restringido en ambos aspectos. Por un lado, sólo incluye hechos y realizaciones del espíritu (*Geist*) como el arte, la religión y la filosofía, y nunca modos de comportarse; por otro, hace hincapié en los aspectos particulares y diferenciales de pueblos, grupos humanos e, incluso, de individuos, si incluimos la *Bildung* dentro de esta idea de cultura: se refiere al conjunto de características peculiares y privativas de un pueblo que expresan su ser singular y le diferencian de otros¹¹. La confrontación entre ambos conceptos es inevitable, pues expresan la evolución de realidades sociales muy diferentes. Lo que aquí nos incumbe es hacer un esbozo de las condiciones sociales que aportan la luz necesaria para comprender por qué la *Kultur* se convierte en el portaestandarte de la vanguardia intelectual burguesa alemana,

¹⁰ Sobre la caracterización de Alemania como el «Imperio protestatario», cf. Thomas Mann, *Consideraciones de un apolítico*, tr. L. Mamés. Barcelona-Buenos Aires-México: Grijalbo, 1978, pp. 59-65.

¹¹ Norbert Elias, *op. cit.*, pp. 58-59.

de esa élite que mediante su actividad espiritual haría tomar conciencia de sí mismo al *Mittelstand* (clase media) y posteriormente a la nación.

Hasta la Revolución francesa y a lo largo del siglo XVIII, la situación de la burguesía alemana dentro de la sociedad era precaria. Al atraso económico de Alemania y a su división territorial, había que añadir una inflexible estructura social articulada en torno a unos estamentos (*Stände*) que prácticamente constituían mundos independientes y completamente distintos. La relación social entre sus miembros era inexistente y la promoción social impensable. Los estamentos son compartimentos estancos que impiden la mezcla y el contacto entre individuos de diferentes extracciones sociales¹².

Esta ausencia de vertebración social supuso la imposibilidad de que en Alemania se formara una *Society* unitaria que integrara a la nobleza y a parte de la burguesía en un espacio social compartido del que surgiría posteriormente el proceso de construcción nacional¹³. La élite intelectual burguesa se encontraba en un terreno reducido y aislado entre la única «sociedad» verdaderamente existente, el mundo de la corte compuesto exclusivamente por las familias aristocráticas, y el estamento de rango inferior formado por el pueblo. El aislamiento y un cierto grado de desarraigo caracterizan la existencia del intelectual alemán; en contraste con lo anterior, la *intelligentsia* francesa, por ejemplo, había sido asimilada en gran parte por los círculos políticos y sociales de la nobleza, bien fuera a través del *connubium*, bien mediante la cooptación de los elementos más destacados y económicamente poderosos de la burguesía.

El fenómeno de los salones, donde se desarrolla un trato social frecuente entre la nobleza y la élite burguesa, o la participación de ésta en la política y en la alta administración del Estado, no sucedieron en Alemania, en la que no hubiera sido posible la aparición de un círculo como el del barón D'Holbach o de un figura como Turgot. Cerrada sobre sí misma y practicando la endogamia en un sentido absoluto, la nobleza alemana no admite vínculo alguno con la élite burguesa: estando parte de ella a su servicio, queda excluida de su mundo tanto en un sentido social como político. Un abismo infranqueable separa ambas clases de hombres, y en esta situación social se encuentra el origen de la oposición civilización/cultura. Por un lado nos encontramos con una aristocracia cortesana pre-nacional semejante a la de otras cortes europeas, con un estilo de vida, unos patrones de gusto, unas costumbres, una educación y unos modales parecidos, que además es afrancesada, pues, dentro de las limitaciones impuestas por su endeble situación económica, intenta imitar el esplendor de la corte francesa.

¹² Cf. G. Bianquis, *La vida cotidiana en la Alemania romántica. 1795-1830*, tr. M. Grass Balaguer. Barcelona: Argos Vergara, 1984, p. 32.

¹³ Norbert Elias, *op. cit.*, p. 72.

Caracteriza su comportamiento y tiene su autoconciencia en el hecho de ser civilizada al modo francés, de pertenecer a la categoría de hombres cuyos atributos y estilo de vida son designados por palabras como *civilité* o *politesse*, adoptando por esta razón la lengua francesa como vehículo de expresión y signo distintivo de clase y de educación superior, y despreciando el idioma alemán por bárbaro y plebeyo. Y esta nobleza, a las órdenes del monarca, asume la totalidad de las funciones políticas y la dirección administrativa del aparato del Estado. Por otro lado, tenemos la burguesía y, más concretamente, la élite intelectual burguesa, el grupo que forma su vanguardia y acuña el modelo que define a esta clase. Excluida de toda participación política y alejada de la vida social de la corte, opone al ideal cortesano-aristocrático su propio ideal, el de la *Kultur*. Con esta palabra expresa su identidad, su autoconciencia y su legitimidad y superioridad como clase.

Si la élite intelectual burguesa en Francia incorpora el ideal cortesano de las buenas costumbres (*moeurs*), del hombre civilizado, y lo transforma, ampliándolo, en el nuevo ideal contenido en la palabra *civilisation*, que se refiere no sólo al comportamiento de un grupo de individuos (antes la nobleza, ahora el cuerpo de ciudadanos que forman la nación), sino también y principalmente a las formas de organización político-social que debe tener un pueblo que se llame civilizado¹⁴; la alemana, por el contrario, crea un nuevo modelo excluyente y lo enfrenta al anterior, oponiendo la cultura a la civilización y el hombre culto (*Gebildeter*) al civilizado. La cultura es aquello que define a la burguesía alemana, cuya actividad superior se circunscribe a las realizaciones del espíritu (arte, religión, filosofía), que es lo verdaderamente productivo, lo que tiene un valor máximo y no está contaminado, en su pureza, por los asuntos concernientes a la sociedad y la política¹⁵.

Haciendo de necesidad virtud, convierte su inexperiencia y su impotencia política en la consecuencia necesaria y deseable de una forma de vida cuya autojustificación consiste en ser el custodio y la portadora de la cultura. Ni la participación en la vida pública ni la actividad económica es el rasgo fundamental de la identidad de esta clase, ni piensa por lo general en términos políticos y sólo vagamente en categorías nacionales: la acción política es reemplazada por la actividad del espíritu, la producción literaria y la especulación filosófica¹⁶, y la cultura es precisamente la manifestación del espíritu alemán, de lo genuina y originariamente alemán que, como es natural, es encarnado de modo ejemplar por esta élite intelectual. Si se piensa en Alemania, se hace como unidad cultural y lingüística, como comunidad espiritual, y no bajo cate-

¹⁴ *Ibid.*, pp. 93-94.

¹⁵ *Ibid.*, p. 89.

¹⁶ *Ibid.*, p. 69.

gorías políticas. A este nivel de la oposición civilización/cultura, que podemos llamar objetivo, hay que añadir otro subjetivo, que afecta a la autocomprensión del individuo: frente al hombre civilizado, que representa el ideal cortesano, aparece el hombre culto, el hombre de la *Bildung*, como modelo (*Vorbild*) del nuevo hombre burgués y, en último término, como ideal de la humanidad (*Humanität*). Separado de la vida social, el intelectual burgués alemán encuentra sus señas de identidad y el ser de su individualidad en el recinto de su interioridad¹⁷.

Aislado del mundo, se encierra sobre sí mismo, descubriendo en ese sí mismo los elementos de una existencia auténtica. La inautenticidad se encuentra en el otro lado, en el hombre civilizado, el hombre cortesano, aquél que disfruta de la vida en sociedad pagando el precio de convertirse en un ser superficial, convencional, teniendo al disfraz y a la apariencia (falsedad) como notas distintivas de su existencia. El mundo de la corte es el mundo de los modales refinados, del trato exquisito, de la elegancia y del ingenio, pero también lo es el de la banalidad, de la anti-naturalidad, del engaño, de la inmoralidad y de la ausencia de espíritu. La antítesis de este hombre civilizado es el hombre culto o formado, que expresa un nuevo ideal estético-moral de acuerdo con la forma de vida del intelectual burgués alemán¹⁸. Es apolítico y desprecia las convenciones sociales (reacción lógica debido a su exclusión y aislamiento) porque la salvaguarda de la pureza de su yo interior así lo exige. El cultivo de sí o autoformación (*Bildung*) es el proceso exclusivamente interior y espiritual mediante el cual se eleva a la verdadera condición de ser humano y en el que logra su emancipación, que es estética y moral.

El *Sturm und Drang* es la manifestación literaria y artística de la rebelión del ideal burgués contra la nobleza cortesana: naturaleza frente a convención, profundidad frente a superficialidad, interioridad espiritual frente a exterioridad, transparencia frente a encubrimiento, gusto frente a elegancia, sensibilidad y sentimiento frente a razón instrumental, sencillez y franqueza frente a

¹⁷ Sobre el concepto de *Bürgerlichkeit*, que se entiende como la realización del ideal de la *Bildung* y se opone al concepto de burgués (*Bürgertum*) que connota las características económico-sociales de una clase dentro de las relaciones sociales de la sociedad capitalista, cf. Thomas Mann, *op. cit.*, pp. 121-167; y también el texto de Thomas Mann citado en L. Dumont, *op. cit.*, pp. 146-147.

¹⁸ Ya en Kant aparece claramente formulada esta antítesis bajo la forma de la oposición entre costumbres (civilización) y moralidad (cultura): «Somos civilizados hasta el exceso, en toda clase de maneras y decoros sociales. Pero para que nos podamos considerar como moralizados falta mucho todavía. Porque la idea de moralidad forma parte de la cultura; pero el uso de esta idea que se reduce a las costumbres en cuestiones matrimoniales y de decencia exterior, es lo que se llama civilización» (E. Kant, «Idea de una Historia universal en sentido cosmopolita», en *Filosofía de la historia*, tr. E. Ímaz, México DF: Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 56-57).

artificio y mentira, etc. En conclusión: la oposición entre civilización y cultura reproduce en el ámbito de las ideas la oposición social existente en Alemania entre la nobleza cortesana y la burguesía intelectual; en esta oposición, la idea de *Kultur* y la ideología que contiene es la expresión de la autoconciencia y la legitimación de la burguesía como clase, remitiéndonos sus rasgos peculiares (limitación al ámbito del espíritu, exclusividad, particularismo y diferenciación, interioridad) a la singular situación de debilidad de la burguesía dentro del campo de fuerzas sociales en Alemania.

Después de la Revolución Francesa y a lo largo del siglo XIX, se fue transformando el significado de la oposición civilización/cultura. Tanto el impacto que produjo la Revolución como las guerras napoleónicas conmovieron las estructuras absolutistas de los Estados alemanes, redujeron su número y sirvieron para despertar la conciencia nacional dormida en la élite intelectual y generar un movimiento nacionalista que terminaría por lograr la unión política de Alemania en 1871¹⁹. Aunque el Congreso de Viena (1815) mantuvo la división y la estructura absolutista de los Estados y a pesar de que la Dieta de la Confederación Germánica estaba controlada por Prusia y Austria, que defendían el orden político y social del Antiguo Régimen y neutralizaban las pretensiones liberales dentro de la Dieta, en gran parte de los Estados del Sur se conservaron, aunque limitadamente, las Constituciones representativas nacidas al amparo de la reforma napoleónica. En ellos se concentraba el movimiento liberal y el poder de una burguesía que paulatinamente iba ganando presencia e influencia dentro de la sociedad. La Unión Aduanera (*Zollverein*) realizada en 1834 supuso la creación de un mercado unitario alemán, favoreció el desarrollo económico y el aumento de fuerza de la burguesía y supuso el primer paso importante hacia la unidad política. Sin embargo, la derrota de la burguesía liberal en 1848 marcó la tendencia político-social que cristalizaría en la creación del Segundo *Reich*: por un lado, el impulso del crecimiento económico por parte del Estado, llevando a cabo las reformas necesarias para liberar el tráfico social de mercancías; por otro, el dominio en su mayor parte del aparato burocrático del Estado y de su dirección política por elementos de la nobleza y no por la burguesía. La debilidad política de la burguesía y la aceptación de esta situación a cambio de la protección de sus intereses econó-

¹⁹ Sobre la pasión patriótica y el furor político que se desencadenan en Prusia en 1813 para hacer frente al invasor francés, que arrastran y transforman a la élite intelectual prusiana y convulsionan a toda la universidad, emergiendo por primera vez una conciencia política nacional, cf. Rüdiger Safranski, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, tr. J. Planells Puchades. Madrid: Alianza Editorial, 1991, pp. 205-210. Acerca de la aparición de una conciencia nacional entre los alemanes como respuesta a la invasión de Napoleón, cf. Joaquín Abellán, *Nación y nacionalismo en Alemania*. Madrid: Tecnos, 1997, pp. 30-35.

micos (tanto en el interior como el exterior de Alemania) determinarán las peculiares características del Segundo *Reich*: una monarquía semi-parlamentaria; una alianza no exenta de tensiones entre los sectores de la alta burguesía (magnates de la industria y de las finanzas) y la nobleza terrateniente que controlará la política del Estado; una ideología ultranacionalista reaccionaria y expansionista (pangermanismo) que calará en todas las capas de la sociedad; una clase media deferente, acomodaticia y con escaso poder político; y un movimiento obrero de talante reformista y anti-internacionalista.

Pues bien, a medida que durante el transcurso del siglo XIX la burguesía alemana comienza su proceso ascendente, hasta convertirse en la clase hegemónica y dominante, bastante tarde y de un modo condicionado, dada su inferioridad política, se opera un cambio en el sentido de la oposición civilización/cultura y en los referentes de ambos conceptos. La palabra *Kultur* deja de expresar la autoconciencia y afirmación de la élite intelectual burguesa frente a la civilización de una aristocracia cortesana, transformándose en la expresión de la autoconciencia de la nación, en el símbolo por excelencia de la identidad nacional. Lo que sea lo alemán, su esencia, lo que subyace y establece la unidad de las características de la vida del pueblo alemán (su organización político-económica, sus costumbres, su idiosincrasia, su concepción del mundo, etc.), es el espíritu alemán entendido como comunidad cultural. Paralelamente, el término civilización deja de referirse a una clase social (la nobleza cortesana), para aparecer como lo que caracteriza a las otras naciones occidentales, especialmente a Francia.

La oposición social intranacional queda substituida por una oposición de carácter nacional, es decir, una antítesis en la que Alemania se comprende como lo opuesto de la civilización de las naciones occidentales, que ahora reciben los rasgos que antes se atribuyeron a la nobleza cortesana: superficialidad, convencionalismo, ausencia de espíritu, racionalismo utilitarista, etc.²⁰ La ideología de la *Kultur* se transpone en ideología nacional, siendo el espejo donde «lo alemán» se ve reflejado a sí mismo, toma conciencia de su ser y afirma el derecho a su existencia, en rivalidad permanente contra el Occidente civilizado. Y todo ello conservando sus determinaciones esenciales: su limitación a hechos de naturaleza espiritual y su carácter diferenciador, excluyente y particularista. La élite intelectual burguesa monopoliza el ámbito de la cultura y se entiende a sí misma como el celoso administrador de las señas de identidad y de las virtudes del pueblo y la nación alemana. Integrada en el cuerpo de funcionarios del Estado, desempeñará principalmente tareas educativas, ocupando la mayor parte de los puestos de las instituciones de enseñanza alemanas (principalmente del *Gymnasium* y de las universidades, de donde salen los

²⁰ Norbert Elias, *op. cit.*, pp. 78-82.

cuadros dirigentes en un sistema educativo marcadamente elitista) y siendo la responsable de la formación del pueblo alemán, es decir, del *Mittelstand* y de las clases altas.

Este fenómeno tiene consecuencias capitales para un *Reich* que se constituye tardíamente, que no es el producto de una revolución nacional burguesa y en el que, por lo tanto, la burguesía se encuentra en una situación de inferioridad política. Que la ideología de la *Kultur* se transforme en ideología nacional implicará, al menos, tres cosas: en primer lugar, que la nación se determine culturalmente y no políticamente, separando la esfera de la cultura de la esfera político-social y subordinando la segunda (*Gesellschaft*) a la primera (*Gemeinschaft*)²¹; en segundo lugar, que la ideología de la *Kultur* se convierta en el fundamento y la justificación de las peculiaridades políticas del Estado alemán respecto a otros Estados europeos y del significado distinto que para la élite intelectual y para las clases dirigentes tienen las categorías básicas sobre las que se basan la teoría política moderna²²; y, en tercer lugar, que tal ideología justifique (aunque no en todos los casos de aquellos que la sostienen), en virtud de la superioridad espiritual que el Destino o la Providencia ha otorgado a Alemania, la *Weltpolitik* alemana cuyo fin es la supremacía mundial. Dicho esto, a continuación pretendemos demostrar que el pensamiento político del joven Nietzsche, en sus líneas generales y con las peculiaridades que le son propias, se mueve dentro de las coordenadas y es tributario de la ideología de la *Kultur* mantenida y reproducida por la élite intelectual de la burguesía alemana.

²¹ Esto trae consigo dos consecuencias: 1.) la tendencia a dar una interpretación cultural de los fenómenos políticos, lo que supone traducir en términos culturales los problemas y las luchas políticas, tanto los asuntos de política interna como de política internacional. Un ejemplo de esto es el modo como Nietzsche concibe la guerra franco-alemana en la época de *El nacimiento de la tragedia*: «Yo podría imaginarme que se ha conducido al bando alemán a la guerra para liberar a la Venus del Louvre, como a una segunda Elena. Por medio de esta guerra se inaugura la hermosa rigidez antigua de la existencia —comienza la época de la seriedad— creemos que también será la época del arte» (*Nachgelassene Fragmente*, VII, 7[78], p. 158); y 2.) la fundamentación del poder político en la comunidad cultural del pueblo: aquí la autoridad no proviene de Dios ni de la nación constituida políticamente, sino de esa comunidad cultural que preexiste lógicamente y empíricamente a toda forma de organización política.

²² A partir de la oposición cultura/civilización se confeccionarán la serie de oposiciones de contenido político que forman la matriz conceptual de lo que se ha denominado «ideología alemana». Cabe señalar las siguientes: libertad de la *Bildung*/libertad política, jerarquía/igualdad, Estado autoritario (*Obrigkeitsstaat*)/Estado democrático, comunidad/sociedad, particularismo/universalismo y nacionalismo/cosmopolitismo.

II. EL JOVEN NIETZSCHE, LA *KULTUR* Y LA TRADICIÓN INTELECTUAL DE LA VANGUARDIA BURGUESA ALEMANA

Una lectura aislada de los textos políticos del joven Nietzsche que no tenga en cuenta la particular perspectiva filosófica en la que están insertos y de la que son inseparables ha de producir necesariamente extrañeza y, en muchos casos, incompreensión. Su fijación con Grecia, su apología de la esclavitud y de la guerra, su idea del Estado como maquinaria brutal de asistencia y protección del genio, su crítica a la familia, sus observaciones sobre la mujer, etc., han de producir perplejidad en alguien interesado en la teoría política. Y no sólo porque el enfoque general de este filósofo sobre estas cuestiones le resulte demasiado ajeno, sino porque, juzgado desde los criterios de relevancia y los supuestos fundamentales de las teorías políticas actuales, la intempestividad del joven Nietzsche en materia política ha de aparecersele como el producto resultante de una explosiva mezcla compuesta por la ignorancia sobre su época respecto a estos asuntos, su nostalgia romántica de un tiempo pasado y un cierto delirio mesiánico que, como tal, se desarrolla de espaldas a la realidad. Sin embargo, este juicio es precipitado y erróneo: si ponemos su pensamiento político bajo el horizonte más amplio de su concepto de cultura y de la metafísica que le subyace y lo ubicamos dentro de la tradición intelectual a la que pertenece y está arraigado, queda disipada o corregida la primera impresión de arbitrariedad y especulación fantasiosa que suscitan sus planteamientos políticos.

Llevar a cabo esta contextualización supone mostrar, acudiendo al *corpus* juvenil, la traducción cultural de los problemas políticos que hace el joven Nietzsche y, en este sentido, su condición de heredero y crítico del punto de vista general sostenido por la élite intelectual de la burguesía alemana. Para conseguir este propósito, expondremos los siguientes dos puntos: en primer lugar, la existencia de una metafísica de la cultura que otorga unidad a las obras principales de este periodo y sirve de base a su pensamiento político; en segundo lugar, constatar que, además de los rasgos particulares que le caracterizan, el concepto de cultura usado por el joven Nietzsche comparte las notas principales de la idea de *Kultur* manejada por la *intelligentsia* de la clase media alemana.

Ateniéndonos básicamente a las obras publicadas de su época de juventud y considerándolas desde un punto de vista general que se centre en los motivos fundamentales de estos textos y en los nexos y relaciones esenciales entre ellos, podemos mostrar de un modo suficiente la subordinación y dependencia del pensamiento político respecto a una teoría crítica de la cultura que se sostiene en la metafísica del artista, constituyendo todo esto el núcleo duro de la filosofía de juventud de Nietzsche. Hablaremos primero de *El nacimiento de la tragedia* y después del ciclo compuesto por las cuatro *Intempestivas*.

En la parte final de *El nacimiento de la tragedia* (parágrafos 16-24), después de que el problema que plantea la tragedia griega le haya conducido a la elaboración de una ontología que interpreta y justifica el mundo como fenómeno estético, fundamentando de este modo la superioridad de la cultura trágica respecto a la cultura socrático-alejandrina, Nietzsche se pregunta por la posibilidad del «redespertar artístico de la tragedia y la consideración trágica del mundo»²³. Él cree encontrar indicios de esta transformación en dos acontecimientos culturales de la Alemania moderna: en primer lugar, en la filosofía alemana, en tanto en cuanto Kant y Schopenhauer han sabido mostrar los límites del espíritu de la ciencia y refutar sus pretensiones de validez universal²⁴, razón por la cual la cultura socrático-alejandrina, científica, racional y optimista, erigida por Sócrates y hegemónica en la historia de Occidente, debido a su propio desenvolvimiento, aparece limitada, unilateral e inferior ante una cultura trágica que, colocando a la ciencia en su sitio, eleva el arte a meta suprema de la existencia humana y de la naturaleza en su totalidad.

En segundo lugar, en el arte alemán: en este momento, Wagner representa para el joven Nietzsche el renacimiento de la *tragische Daseinform* y el comienzo del declive de la «cultura de la ópera», el núcleo más íntimo de la cultura socrática²⁵. El resurgimiento de Dionisos y del arte y pensamiento trágico en la cultura alemana no es casual, sino que se interpreta como «un retorno del espíritu alemán a sí mismo»²⁶, como la recuperación de una *Kultur* que caracteriza lo más íntimo y profundo del ser y del espíritu alemán, cultura y espíritu que «por largo tiempo, poderes enormes, infiltrados desde fuera, habían forzado a vivir esclavos de su forma»²⁷. Cualquier consideración política y la esfera de la política en general dependerán del sentido y estarán afectadas por las consecuencias de lo que el joven Nietzsche entiende por *tragische Kultur*, opuesta ya en este contexto a la civilización (francesa) y a las teorías e instituciones políticas que comprende y la caracterizan. En la parte de *Cinco prólogos para cinco libros imposibles de escribir* titulada *El Estado griego*²⁸, el

²³ F. Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie*, I, p. 111.

²⁴ *Ibid.*, p. 118.

²⁵ *Ibid.*, p. 120.

²⁶ *Ibid.*, p. 128.

²⁷ *Ibid.* Poco después, exhortará a la potencia y al vigor del ser alemán (*deutsche Wesen*) para expulsar al invasor latino (es decir, la civilización occidental) del terreno patrio, interpretando la guerra contra Francia como la rebelión del espíritu alemán contra la tiranía y subyugación de esta civilización, encarnada y llevada hasta sus últimas consecuencias en la época moderna por su vecino francés: *cf. ibid.*, p. 149.

²⁸ F. Nietzsche, *Fünf Vorreden zu fünf ungeschriebenen Büchern*, I, pp. 764-777. *Cf.* también *Nachgelassene Fragmente*, VII, 10[1], pp. 333-349. En realidad, aquél *Prólogo* (*Der griechische Staat*), mandado junto a otros cuatro a Cósima Wagner en las navidades de 1872-73, es una reproducción retocada de este fragmento póstumo, escrito en los comienzos de 1871.

texto más relevante desde un punto de vista estrictamente político de la época de *El nacimiento de la tragedia* y del periodo de juventud, el englobamiento y la subordinación de la política por el dominio de la cultura queda firmemente establecido en la concepción del Estado como un instrumento necesario para la realización de una cultura superior y verdadera y para el fin último contenido en ella: la aparición, la asistencia y la conservación del genio.

La actitud beligerante que Nietzsche sostiene en las cuatro *Intempestivas*, obras en las que aparece mucho menos optimista respecto al asunto fundamental del resurgimiento de una cultura trágica en Alemania, tiene como objetivo la cultura moderna. Dicho con más exactitud: el enemigo a batir son las dos modalidades principales de la cultura en los tiempos modernos, entendidas por el joven Nietzsche como los últimos y más peligrosos vástagos del socratismo cultural: el cientificismo o hegemonía de lo que en *El nacimiento de la tragedia* denomina «espíritu de la ciencia» (*Primera Intempestiva*) y el historicismo (*Segunda Intempestiva*). En oposición a la forma de cultura predominante en la época moderna, Nietzsche propone un modelo de cultura alternativo y superior para Alemania, cuyos pilares son el ejemplo moral y parte de la filosofía (que ha de adoptarse como modelo educativo) de Schopenhauer (*Tercera Intempestiva*) y la obra artística, ciclópea y total, de Wagner (*Cuarta Intempestiva*).

Se trata, naturalmente, de la mano de estos dos maestros, de crear las condiciones necesarias para el nacimiento de una cultura trágica en Alemania. Ésta había salido victoriosa de la guerra, pero seguía dominada culturalmente por la derrotada Francia²⁹; si el espíritu alemán corría el serio peligro de ser destruido por el *Reich* alemán, era debido a que la construcción de la nueva Alemania unida se estaba haciendo de acuerdo con los modelos socio-políticos occidentales, que es lo mismo que decir que bajo el patronazgo de los principios de la civilización moderna occidental, perpetuándose el sometimiento y la enajenación del espíritu alemán³⁰.

Ahora son el Segundo *Reich* alemán y la pseudo-cultura de los cultifilisteos las mayores amenazas para el ser alemán, sus nuevos tiranos: bajo un Estado que todo lo utiliza para aumentar su poder y su fuerza, una sociedad entregada a las posibilidades de enriquecimiento y bienestar producidas por la implantación y el rápido crecimiento del capitalismo industrial y una élite intelectual autocomplacida y legitimadora de este estado de cosas a través de la opinión pública, el pueblo alemán se encuentra sumido en la barbarie, en su dependencia cultural respecto a Francia y en su enajenación de aquello que le es más propio, su espíritu trágico. Por ello es necesario y urgente formar lo alemán de

²⁹ F. Nietzsche, *Unzeitgemässe Betrachtungen. Erstes Stück: David Strauss der Bekenner und der Schriftsteller*, I, p. 160.

³⁰ F. Nietzsche, *Nachgelassene Fragmente*, VII, 26[16], p. 582.

acuerdo con los ideales encarnados por Schopenhauer y Wagner y, para este fin, acometer las transformaciones sociales y políticas que exige la creación de una cultura verdaderamente alemana, que sólo puede ser una *tragische Kultur*.

Los juicios y las opiniones políticas que se encuentran diseminados en las *Intempestivas* dependen y reciben su sentido del concepto de cultura trágica que Alemania puede y debe hacer realidad. Es un error pensar que Nietzsche es un ingenuo o que le resultan indiferentes los asuntos concernientes a la política y la sociedad, pues es consciente de que la implantación de una verdadera cultura supone necesariamente la destrucción de los pilares principales en los que se sustenta la modernidad, estando entre ellos, naturalmente, la ideología política moderna que nace de la Ilustración y la Revolución y las instituciones políticas que aquellos acontecimientos habían generado. La cultura trágica es un problema del espíritu, pero su existencia y conservación depende de una organización político-social concreta determinada por ese espíritu³¹.

Finalmente, la pertenencia del joven Nietzsche a la tradición intelectual configurada por la élite de la burguesía, que convierte a la *Kultur* en la dimensión esencial del pueblo alemán y en la autoconciencia de la nación alemana en oposición a la civilización, así como en el principio de legitimidad de la peculiar constelación política de la «ideología alemana», se hace patente si se muestra que los conceptos de *Kultur*, de *wahre Kultur* y de *tragische Kultur* son portadores, entre otras que le singularizan y le diferencian, de las características generales que determinan el concepto de *Kultur* acuñado por la vanguardia intelectual de la burguesía alemana y enfrentado, como rasgo esencial de la identidad de la nación alemana, al concepto de civilización. Pues bien: además de polemizar contra la civilización francesa y de oponerle la idea de *Kultur* que debe ser realizada por el espíritu alemán, el concepto de cultura del joven Nietzsche comparte efectivamente las notas principales del mismo concepto elaborado por la élite intelectual de la burguesía alemana.

En primer lugar, señalamos que el concepto de cultura creado por la élite intelectual burguesa en Alemania se ceñía estrictamente a fenómenos y productos de naturaleza espiritual (arte, religión, filosofía), no incluyendo otros aspectos de la vida de un pueblo o de una nación que sí son comprendidos por el concepto de civilización. El joven Nietzsche se atiene a este carácter específico de la idea de cultura en el concepto que tiene de ésta y en su concepción y

³¹ En la *Tercera* y *Cuarta Intempestiva* queda claro que la construcción de una cultura verdadera y la aparición de su artífice, el genio, el hombre excelente y redentor, meta suprema de la cultura y la naturaleza, no es posible sin una transformación de la sociedad en todos sus órdenes (costumbres, leyes, educación, forma de Estado, etc.): cf. *Unzeitgemässe Betrachtungen. Drittes Stück: Schopenhauer als Erzieher*, I, p. 386; y *Unzeitgemässe Betrachtungen. Viertes Stück: Richard Wagner in Bayreuth*, I, pp. 448 y 451.

valoración de la cultura verdadera, la *tragische Kultur*. Para probarlo, sacaremos a colación algunas partes destacadas respecto a esta cuestión de las obras principales de su época de juventud. En *El nacimiento de la tragedia*, la cultura trágica, en tanto que producto artístico y filosófico, se enfrenta a la cultura socrático-alejandrina que, a través de la apropiación que el Imperio romano hace de ella, marcará, hasta el presente moderno, el curso de la civilización occidental.

Ciencia y dialéctica, técnica y política son los rasgos distintivos de esta civilización, que se derivan de su determinación esencial: el predominio incondicional de la razón en todas las facetas de la vida del hombre. La cultura trágica, es decir, aquella forma de vida que ha de ser considerada como la suprema encarnación de lo que debe ser una cultura, tiene su fundamento en algo distinto de lo que ha imperado en la civilización occidental: la sabiduría dionisiaca (filosofía trágica), el mito y, sobre todo, el arte son los verdaderos contenidos de la cultura y, en última instancia, la meta suprema de la existencia del hombre. La ciencia, el dominio técnico de la naturaleza y la organización política no forman parte de la cultura trágica: sólo poseen el rango de medios auxiliares e instrumentos externos e imprescindibles, que, como tales, están subordinados al sistema de representaciones y de valores artísticos, filosóficos y religiosos que constituyen la esfera de la cultura trágica y que determinan el sentido de la existencia³².

La definición de cultura dada por Nietzsche en la *Primera Intempestiva* y repetida en la *Segunda intempestiva* no deja lugar a duda alguna sobre la demarcación del dominio propio de la cultura: es concebida como «la unidad de estilo artístico de todas las manifestaciones vitales de un pueblo»³³; como tal –sin entrar aquí en una aclaración completa de esta definición–, es un principio determinante y productivo que establece la unidad y configura las características distintivas de un pueblo, un poder formativo que se plasma en todos los aspectos de la vida de la comunidad y que la dota de su peculiar identidad. Es una capacidad artística porque crea formas e impone un estilo que regula la vida de un pueblo, siendo compartido por todos sus miembros.

Ni la ciencia, ni el derecho, ni la política ni la reproducción material de la existencia forman parte, entonces, de la cultura, aunque a ella se encuentran supeditados, siendo coordinados por su función directiva y limitados por su

³² El mito, en cuanto imagen compendiada del mundo, es el núcleo fundamental de la cultura, pues sólo él otorga sentido a la existencia, expresa una forma determinada de vida y anuda en su seno las potencias artísticas, religiosas y filosóficas que dotan de forma y dirigen el mundo del hombre: cf. F. Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie*, I, pp. 99-102 y 145.

³³ F. Nietzsche, *Unzeitgemässe Betrachtungen. Erstes Stück: David Strauss der bekennner und der Schriftsteller*, I, p. 163; *Unzeitgemässe Betrachtungen. Zweites Stück: Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, I, p. 274.

autoridad. En la *Tercera Intempestiva*, Nietzsche nos dice cuál es el fin de toda verdadera cultura: promover el nacimiento del genio. En él la naturaleza (Voluntad) da cumplimiento a la meta que persigue, él es el artífice de la cultura y la cultura es el manto protector bajo el cual es posible su existencia plena y su éxito. La cultura ocupa el lugar superior en la jerarquía de los asuntos humanos, es el valor supremo: todo lo demás ha de ponerse a su servicio. El Estado, la economía y la ciencia, que no están incluidas en el dominio de la cultura, han de estar sometidos a su dominio. La época moderna, para el joven Nietzsche, ha socavado este orden jerárquico: la cultura se ha rebajado a ser sirviente de otros fines ajenos a su naturaleza³⁴.

Por último, refirámonos a la *Cuarta Intempestiva*. En esta obra, Wagner es presentado como la posibilidad revolucionaria para Alemania y Europa; naturalmente, la verdadera revolución, que ha de destruir los cimientos sobre los que se ha edificado el mundo moderno y ha de trastocar todos sus órdenes y su sistema de valores, es cultural: consiste en alumbrar una nueva edad trágica mediante el arte (música y poesía) y el pensamiento. Rehabilitar el arte, degradado a mero divertimento narcótico por el mundo moderno, supone rehabilitar la cultura, y esto significa dos cosas: devolver a la cultura la dignidad que le fue robada al convertirla en instrumento de otros intereses (políticos y económicos) y transformar todas las estructuras de la sociedad moderna de acuerdo con este fin. Si la «repugnante» cultura moderna sobrevive, es porque recibe el apoyo del orden político-social existente a cambio de su reconocimiento y justificación: por ello también es necesario que la revolución cultural elimine este orden. En cualquier caso, la acción que puede producir el cambio revolucionario en el mundo y en el hombre moderno es cultural (artística y filosófica) y no política o social, que no pertenecen a la actividad cultural y que están subordinadas a ella³⁵.

Siguiendo el mismo procedimiento, comprobaremos ahora que el concepto de cultura en el joven Nietzsche también incorpora el segundo rasgo distintivo de la idea de *Kultur* forjada por la *intelligentsia* burguesa alemana: su carácter particularista, diferenciador y excluyente. La *Kultur* es el concepto mediante el que se expresa la autoconciencia nacional alemana, el referente fundamental que establece la identidad de lo alemán: una comunidad (*Gemeinschaft*) espiritual que hace singular al pueblo alemán, lo diferencia de las demás naciones (que comparten la idea de civilización) y vincula al individuo con ese todo que le preexiste. Para Nietzsche, el concepto de cultura y de

³⁴ F. Nietzsche, *Unzeitgemässe Betrachtungen. Drittes Stück: Schopenhauer als Erzieher*, I, pp. 386-400.

³⁵ F. Nietzsche, *Unzeitgemässe Betrachtungen. Viertes Stück: Wagner in Bayreuth*, I, pp. 447-451.

cultura trágica nos remite a aquello que caracteriza y diferencia al ser alemán (*deutsche Wesen*) de otros pueblos, o que, al menos, debe caracterizarlo y diferenciarlo. Su idea de cultura es incompatible y supone una crítica contra la cultura moderna en tanto en cuanto ésta encarna tres características del concepto de civilización que son continuamente atacadas: abstracción, universalismo y cosmopolitismo.

Reivindicar una cultura verdadera es defender la expresión concreta y particular del espíritu de un pueblo formado a lo largo de su historia mediante la acción creadora de sus genios, cuyas obras son conservadas, transmitidas, modificadas y acumuladas de generación en generación por medio de la educación. La cultura es la seña de identidad de un pueblo, su unidad, su valor, el sentido de su historia y la potencia que lo constituye en una comunidad organizada y necesariamente distinta a otras. Convertirla en abstracta y hacerla universal y cosmopolita significa destruir las raíces en las que se sostiene y de las que se alimenta, desnaturalizarla, transformarla en algo artificial en lo que el espíritu del pueblo ya no se reconoce. En *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche confía en el resurgimiento de la cultura trágica en Alemania, interpretándolo como una reapropiación del espíritu alemán por sí mismo, un retorno a su suelo natural, a su patria (*Heimat*), una recuperación de su identidad enajenada por la colonización de la civilización francesa: es imprescindible un «mito patrio» (*heimische Mythos*) como sede primordial y sagrada de la cultura, que permita el renacimiento de la cultura trágica alemana y quiebre el influjo pernicioso del carácter abstracto de la cultura moderna³⁶.

Una lucha y una aspiración recorren todas las *Intempestivas* y sirve de vínculo y punto de unión entre ellas: el combate contra la cultura moderna, cuyo baluarte y máximo exponente es la civilización francesa, y la regeneración del espíritu alemán mediante la formación de una comunidad espiritual basada en una cultura trágica. La guerra franco-alemana es valorada como un paso necesario para la consecución de este fin, pero en absoluto como una condición suficiente; de hecho, la constitución del Segundo *Reich* alemán después de la victoria contra Francia ha agravado más la situación, pues la unificación política y la soberanía nacional no ha sido acompañada por lo verdaderamente esencial: la soberanía cultural del espíritu alemán. Para Nietzsche, la tarea suprema y el esfuerzo que ha de ser exigido a los alemanes consiste en la construcción de una comunidad de cultura que establezca la auténtica unidad del pueblo alemán, su identidad peculiar y el valor de su espíritu singular y diferente al de otras naciones. Sin cultura alemana, que según Nietzsche debe ser una cultura trágica, el Estado alemán unificado es una cáscara vacía, peor aún, una maquinaria de poder que acaba estrangulando al espíritu alemán. Sólo

³⁶ F. Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie*, I, p. 146.

si se edifica esta comunidad cultural el espíritu alemán quedará liberado y será capaz de lograr la verdadera unidad del pueblo alemán, el vínculo primordial entre lo interior y lo exterior, entre el alma de este pueblo y todas las formas exteriores (orden jurídico, política, organización social, etc.) que aseguran su existencia³⁷.

Como hemos visto, el concepto de *Kultur* utilizado por el joven Nietzsche forma parte de una tradición que, remontándose sus orígenes al siglo XVIII, se consolida y adquiere sus atributos nacionales durante el siglo XIX. La élite intelectual burguesa es su autora, reproduciendo en el plano de las ideas la peculiar situación de la burguesía durante esta época dentro de la sociedad alemana. Con la unificación de Alemania y la creación del Segundo *Reich*, se puede decir que la ideología de la *Kultur* se convierte en la ideología del *Reich*: integrada en el aparato educativo del Estado, la gran mayoría de los miembros de esta élite, de mentalidad fuertemente conservadora, contribuyen, desde su posición de neutralidad y su apoliticismo militante, a la formación de la «ideología alemana» que legitima tanto al Imperio como a su política. Nietzsche forma parte de esta tradición intelectual, enraizándose su perspectiva sobre la política y la cuestión alemana en lo que hemos llamado la «ideología de la *Kultur*»: acepta la preeminencia de lo cultural en el problema nacional-político al que alude la cuestión de «lo alemán» (*deutsche Wesen*), subordina la política a la cultura y comparte con esta tradición las determinaciones generales del concepto de *Kultur* y su oposición a la idea de civilización.

Sin embargo, a partir de aquí comienzan las diferencias, abriéndose una enorme brecha entre el joven Nietzsche y la *intelligentsia* alemana: al menos desde 1873, con la publicación de la *Primera Intempestiva*, Nietzsche inicia su particular *Kulturkampf*, enfrentándose públicamente a esa élite burguesa que domina la opinión pública. Está claro que el ideal contenido en su concepto de *tragische Kultur*, las connotaciones fundamentales de este concepto, la metafísica que le subyace y las consecuencias pedagógicas, políticas y sociales que se derivan de todo ello no provienen de su pertenencia a esta tradición intelectual, ni se pueden deducir de su condición de perteneciente a la clase burguesa. Pero no es lo decisivo en este caso las diferencias teóricas entre su modelo de cultura y otros modelos surgidos de esta atmósfera intelectual a los que ataca; lo que hay que resaltar del joven Nietzsche –que es lo que realmente le separa de aquellos a quienes llama eruditos y cultifilisteos– es la crítica y la denuncia de una idea de *Kultur* que se ha convertido en una falsedad y una mentira en el

³⁷ Sobre todo esto, cf. F. Nietzsche, *Unzeitgemässe Betrachtungen. Zweites Stück: Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, I, pp. 381-382; *Unzeitgemässe Betrachtungen. Drittes Stück: Schopenhauer als Erzieher*, I, pp. 381-382; y *Unzeitgemässe Betrachtungen. Viertes Stück: Wagner in Bayreuth*, I, pp. 480-481.

momento en que se transforma en ideología alemana, en la justificación y apología del Segundo Reich.

La alabada cultura alemana (que para Nietzsche no existe, pues el espíritu alemán todavía no ha logrado crear una cultura), elevada a cultura oficial, es un pelele a manos del Estado, un instrumento ideológico y de propaganda que, además de ocultar la paupérrima realidad cultural existente e impedir la creación de una auténtica comunidad espiritual, esa «unidad viviente» de la que habla en la *Segunda Intempestiva*³⁸, sirve como cobertura para legitimar, tanto nacional como internacionalmente, la brutal lucha por la hegemonía política y económica. Para el joven Nietzsche, los intelectuales alemanes del Segundo Reich, los que debían ser los educadores del pueblo alemán, han mancillado la dignidad de la *Kultur* y han traicionado su misión: para satisfacer las necesidades del nuevo Reich y de una pujante sociedad capitalista, hacen pasar por cultura un producto moderno que no es más que una torpe imitación y una variante burda de la civilización (francesa) y que, por tanto, nada tiene que ver con la verdadera cultura (*tragische Kultur*) que el espíritu alemán puede y debe realizar.

José Emilio Esteban Enguita es doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Autor de «El valle, la montaña y la virtud dadivosa: claves para una lectura política de *Así habló Zaratustra*», *Anuario del Departamento de Filosofía de la UAM*, VIII (1992), pp. 135-150, y «A. Schopenhauer: biografía de una pasión filosófica y de una experiencia del sufrimiento», *Anthropos (Documentos A)*, 6 (1993), pp. 17-24.

Dirección Postal: Calle de Ercilla nº 10, 7ºA, Madrid.

³⁸ F. Nietzsche, *Unzeitgemässe Betrachtungen. Zweites Stück: Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, I, p. 274.